

La belleza de las ciudades a partir de lo cotidiano

Ana Malagón

El siguiente texto tiene como objetivo: trazar una reflexión crítica sobre lo que comúnmente se considera la belleza de una ciudad; la arquitectura, el diseño urbano, la herencia cultural y demás. A partir de la propuesta categórica de la escritora Katya Mandoki, se propone dar una alternativa del reconocimiento de la belleza, pues, la autora plantea que la belleza puede encontrarse en cualquier situación cotidiana.

“En todas las ciudades hay alguna esquina que nos arroja a una ciudad interior, a una ciudad oculta e imprevista”

Luigi Amara

¿Qué hace bella a una ciudad? Pensemos, por ejemplo, en Nueva York, Barcelona, París, Londres, ciudades que generalmente

se podrían asociar con la belleza, ya sea por su imagen urbana, arquitectura, urbanismo, vida cultural, historia o la memoria estética que nos han dejado los medios, televisivos, cinematográficos y demás.

“Siempre tendremos París” Rick (Humphrey Bogart) a Ilsa (Ingrid Bergman), antes de subir al avión.

La pregunta que planteamos se ha hecho una y otra vez.

Más en específico, solemos preguntarnos: ¿es la nuestra una ciudad bella? Para dar una respuesta podríamos recorrer las ciudades en cuestión –en nuestro caso, la Ciudad de México, pues este texto principalmente va a describirla– al tiempo que intentamos identificar cuál es su belleza.

Podríamos empezar por visitar los lugares más “bellos” de nuestra ciudad, para caer en la cuenta de que coincidirían con aquéllos que aparecen en los panfletos turísticos: sitios que se muestran al extranjero (como un intento identitario de nuestra ciudad) y que no han sobrevivido la turistificación ni la gentrificación,

o lo que recientemente se ha llamado como greentrification (gentrificación verde). Me refiero a lugares como el centro histórico, el museo Frida Kahlo, el museo Soumaya, el Palacio de Bellas Artes y algunos un poco más “sencillos”, como la cafetería el Péndulo de la colonia Condesa, las plazas de Coyoacán. Lugares mismos que ha sido publicitados en medios

y no solo en medios turísticos, sino que también en narrativas, donde se incita a tener experiencias estéticas en estos lugares. ... Pronto surgirían preguntas del tipo: ¿dónde quedan los altos y bajo puentes, los tianguis, los mercados, los moteles de paso, las estaciones descuidadas del metro? ¿Dentro de lo feo de la ciudad? Su ausencia de la lista, ¿se debería a una omisión?

Bien dijo el historiador del arte Remo Bodei, “[...] la belleza trata de nociones complejas y estratificadas, pertenecientes a registros simbólicos y culturales no del todo homogéneos; [...]”.¹ Entonces, ¿cuáles son esos códigos estéticos que hablan de la belleza de nuestro tiempo, de la belleza de nuestra ciudad?

1 Remo Bodei, *La forma de lo bello*, Madrid, Antonio Machado (La balsa de la medusa), 2008, 14.

Depende de la belleza de las ciudades de sus edificios, de su planeación urbana? Todas las ciudades “bellas” nos han demostrado que sí. Desde mi postura como arquitecta no podría abarcar los flancos necesarios –o mínimamente necesarios– para resolver ésta ni la suma de preguntas que hasta ahora hemos formulado.

Por lo tanto, me permitiré adoptar una perspectiva dilettante que comprenda la estética, la visión de la arquitectura y las preocupaciones sobre el ego que se han notado en diversos practicantes de mi disciplina. Porque asumir que, como arquitectas(os) o urbanistas tenemos, entendemos y podemos definir cuáles son los códigos estéticos que podrían generar una ciudad bella a partir de frases que comúnmente escuchamos en las facultades de arquitectura y diseño –“el mejoramiento del paisaje urbano” sería una de esas supuestas “verdades que caen por su propio peso”–, equivale a la práctica del concepto elitista de la estética –propuesto desde Hume–, que reduce lo estético a la “contemplación desinteresada”,² la disposición de una forma específica de observar los objetos estéticos.

A las preguntas que hemos formulado cabe sumar otras más. Para ello parece pertinente hablar de un filósofo que hace algunos años se había planteado cuestiones muy similares. Me refiero a Fabio Vélez, que llegó a conclusiones que él mismo insinuó como inacabadas. Basó sus premisas principalmente en la propuesta del filósofo Jean-Marie Schaeffer, para quien el vehículo que llevaría a una experiencia estética no tiene una forma específica de ser, no existe una facultad humana específica para la contemplación estética, sino un uso específico de ellas.³ Entonces define la inexistencia de la belleza de las ciudades por la dificultad de cultivar la contemplación:

A saber, no hay y no puede haber belleza porque no se dan las condiciones estéticas para ello, y no se dan las condiciones estéticas para ello porque, a su vez, la gran ciudad se ha convertido en un entorno hostil para el cultivo de estas capacidades.

[Y da como ejemplo:] el estresante frenesí de las multitudes o en la soledad del carro, ¿quién puede tomarse el tiempo para demorarse en la contemplación, en el disfrute de algún hecho singular; o también, en la normalidad alienante y disciplinaria del trabajo, ¿quién encuentra espacios para dejarse sorprender por la belleza?⁴

2 Supuesto propuesto por David Hume en el siglo XVIII, mismo que fue criticado por su carácter elitista, según Pierre Bourdieu en “El sentido social del gusto”

3 Jean Marie Schaeffer, *Adiós a la estética*, Madrid, Machado, 2005.

4 Fabio Vélez, “¿Por qué las ciudades no son bellas?”, *Bitácora arquitectura*, núm. 39, noviembre, 2018, p. 121.

Por otro lado, tenemos los textos propositivos de la esteta Katya Mandoki. Ella utiliza una categoría estética relativamente nueva –que Michel de Certeau ya había mencionado–: la estética prosaica o de lo cotidiano.

La estética de lo cotidiano se expresa de mil maneras, desde nuestra forma de vivir, en el lenguaje y el porte, el modo de ataviarse y comer, de rendir culto a deidades o a personalidades, de legitimar el poder, ostentar el triunfo o recordar a los muertos; pero el papel primordial que la estética tiene en nuestra vida cotidiana se ejerce en la construcción y presentación de las identidades sociales.⁵

Ahora bien, comentemos las exposiciones de Schaeffer, Fabio Vélez y Mandoki. El primero se refiere a las supuestas condiciones para generar una experiencia estética; el segundo, a la falta de condiciones para generar una experiencia estética en las ciudades. En ambos casos estaríamos negando las posibilidades contemplativas, no porque se aluda a la delimitación de lo estético en una “contemplación desinteresada”, sino porque determinaríamos las condiciones contemplativas que hacen posible una experiencia estética. De la mano de Mandoki nos podríamos preguntar, ¿por qué la belleza de las ciudades no puede estar en los hechos más sencillos? Acaso lo cotidiano, que en las ciudades es aparentemente alienante, pueda ser una nueva forma de belleza.

[...] el goce de la belleza, donde quiera que ésta se muestra a nuestros sentidos y a nuestro juicio, la belleza de las formas y los gestos humanos.

Freud

Es cierto que ha habido teorías que han explicado cómo, desde prácticas cotidianas, se puede llegar a generar una experiencia estética; por ejemplo, con el hecho de caminar. De este parecer son los errabundeos propuestos por el situacionismo en la psicogeografía que años más adelante los miembros de la Internacional Situacionista llamarían “lanzarse a la deriva”; también las prácticas de espíritu romántico que defendió Thomas de Quincey, que consistían en internarse en los resquicios urbanos desconocidos que él llamaba los “pasajes del noroeste”. Sin embargo, se podría argüir que éstas han sido prácticas que hablan más de una irrupción o hasta insubordinación de lo cotidiano –y quien sabe si esto le quite su carácter de cotidiano–, donde se busca intencionalmente la experiencia estética. Fabio Vélez también refiere que esa belleza que se busca/encuentra en las ciudades sólo aparece durante el cortocircuito de los flujos cotidianos, imprescin-

dible para provocar, “en el grueso de la «percepción sensible», oportunidades a la «visión estética»”.⁶

Entonces, para continuar con una forma de, digamos, registro estético sobre lo cotidiano y la ciudad y su percepción como algo bello, tomemos de ejemplo el proyecto de la fotógrafa estadounidense Vivian Maier. Maier adoptó en la fotografía una intención benjaminiana al capturar la cotidianidad ciudadina y representar las facetas estéticas de la vida diaria desarrollada en la modernidad del siglo xx, como los aparadores, los oficinistas, los sombreros y la iluminación en neón. Éstos y muchos otros detalles proponían nuevas formas de relacionarse en la ciudad, nuevos placeres y nuevas cotidianidades.

A propósito de las fotografías y para ir contestando las preguntas que iniciaron este texto: La historia occidental nos ha instruido a ver la belleza de las ciudades sólo en su arquitectura o en su «calidad» urbana. Pero, si seguimos la propuesta de Mandoki, la belleza de la ciudad puede, entonces, estar en hechos muy sencillos, donde no necesariamente tendríamos que estar atentos a “lo que debe verse”; tampoco a la agenda consensuada del turista, ni mucho menos a las paradas rebuscadas de la erudición histórica y arquitectónica.⁷

En fin, podríamos decir que la belleza de las ciudades está en los hechos cotidianos, en los instantes de profunda calidez humana, en la riqueza y complejidad de la vida social y en sus diferentes manifestaciones. En la mirada del día a día como: ir a la tienda de la esquina, hacer el mandado, lavar la ropa –actividad que ha hecho posible configurar el panorama de azoteas de tendedores, que, por cierto, ha servido para representar la cotidianidad de la Ciudad de México en películas del canon contemporáneo, fotografía o canciones–. También puede estar en el voltear la mirada durante la rutina del transporte público; en el escuchar la canción que tanto te gusta con el paisaje veloz de los edificios en movimiento que contraponen la soledad dentro del carro; en un cruce peatonal, en tu camino al trabajo, a la escuela; en los sonidos del tráfico, en los tacones de los/las oficinistas de Reforma; en el ladrido de un perro cerca del puesto de quesadillas; en la cafetería que frecuentas cada que te quedas de ver con tu mejor amiga(o).

Dada la omnipresencia de la estética en ámbitos no sólo culturales y sociales, sino también biológicos, ¿podría ser, entonces, que una forma de distinguir el hecho y el registro simbólico de la belleza de una ciudad esté más en las cuestiones cotidianas? Bajo este supuesto estaríamos diciendo que no importa que una ciudad tenga o no las condiciones estéticas para que ocurran los descubrimientos de la belleza, pues

5 Katya Mandoki, *Prosaica uno. Estética cotidiana*, México, Siglo XXI, 2008, p. 9.

6 Fabio Vélez, *loc. cit.*

7 Luigi Amara, *El arte del paseo inglés*, México, Tumbona, 2015, p. 12.



1



2

1 Vista del Cafe Panis, calle parisina. Paris es una de las ciudades mas fotografiadas y visitadas por su urbanismo planificado que data del proyecto Hausman Foto de: Arq. Antonio Pirrón.

2 "Cotidiano en la Ciudad de México-Raparamdo" Fotografía de dos hombres reparando un automóvil, en el centro de la CDMX. Foto de: Moisés Hidalgo

la ciudad sólo ha sido el escenario donde la belleza aparece.

La belleza se encuentra en los hechos del día a día que no suponen la más mínima intención contemplativa, ni siquiera estar alerta a abrir los sentidos a una posible experiencia estética.⁸ Es decir que las ciudades no son bellas, pero sí se puede encontrar belleza en ellas; las ciudades son bellas porque en ellas pueden existir manifestaciones de belleza.

¿O será que encontrar la belleza de una ciudad no sea posible? Como lo propone Fabio Vélez, el hastío urbano imposibilita las confrontaciones con la belleza. De ser así, la belleza de la ciudad sólo se encuentra en tanto que se da la posibilidad de una contemplación con “visión estética”.

De cualquiera de las dos formas, no es que exista una forma de lo cotidiano –como se ha insistido–, pues esta estética también supone partes de la faena diaria del vivir: el olor a diésel que deja tras de sí un vetusto camión, el tráfico, transitar las banquetas cortas, la espera de las paradas escandalosas de los microbuses, las multitudes o demás escenarios que pudieran ser síntoma del hastío en las ciudades.

A manera de conclusión, preguntémosnos ¿podría ser entonces que la belleza de las ciudades no dependa para nada de los arquitectos, de los urbanistas, quienes han tomado el propósito no sólo de buscar, sino de generar la belleza de las ciudades? La estética de lo cotidiano supone algo muy revelador para los arquitectos y urbanistas, pues representa una manera particular de que la estética exista por fuera de las formas convencionales de las expresiones tanto artísticas como arquitectónicas o de aquellas cosas u objetos (edificaciones, monumentos, plazas, hitos y parques) que solían dictar la belleza de una ciudad. Con esto no debemos entender que no hay que atacar los síntomas del daño a la sensibilidad estética dentro de una ciudad. Atender estos síntomas se pueda hacer desde el diseño, como lo menciona el antropólogo Manuel

Delgado a propósito de las ciudades: “el diseño no es un factor determinante, pero es un condicionante”.⁹ De modo que la experiencia estética de lo cotidiano mismo puede llegar a estar condicionada.

Un segundo y aún más importante punto es lo mucho que hay por explorar en torno a la belleza de la ciudad y acerca de lo cotidiano como una forma de belleza. En realidad, en este texto no hemos encontrado ninguna respuesta, sino, al contra-

rio, razones para hacer más preguntas. Incluso ahora podríamos reformular y ampliar las interrogantes que nos sirvieron de punto de partida –ahora sí, ya por último–: ¿es en realidad lo cotidiano la belleza que se encuentra en una ciudad? Dicho de otra forma, ¿la cotidianidad de las ciudades contemporáneas, caracterizada por un estrés envolvente, hartante, puede existir en forma de belleza?, o más bien, ¿existe sólo en los momentos que irrumpen lo cotidiano? y ¿lo cotidiano es una postura estética que sí requiere una mayor atención contemplativa que vea y reconozca lo cotidiano?, como en las intenciones distintivas de las fotografías que hemos presentado.¹⁰

8 Aquí hay que tener bien presente que, a pesar de la omnipresencia de la estética en ámbitos culturales, sociales e incluso biológicos, la categoría estética de lo cotidiano no implica que todo sea estético. Como afirma Mandoki: “Vivir es estesis –lo cual no quiere decir que todo en la vida sea estesis–”. Katya Mandoki, op. cit., p. 147.

9 Manuel Delgado, *El espacio público como ideología*, Madrid, Catabata, 2011, pp. 15-33.

10 Mandoki propone la lúdica como una forma de acceder al goce estético de lo cotidiano.



2

1 "Cotidiano en la Ciudad de México-Esperando en una cita" Fotografía de joven esperando a su cita en el bar de la Cineteca Nacional. Foto de: Moisés Hidalgo.